

enemigos no tuviesen lugar de pertrechar ni aperceuir con defensas; y así en muy breue tiempo fueron todas las gentes aperceuidas, tan á punto y con tanta presteça, que fué casi no oido ni visto, y luego fué auisado el rey de México de cómo las gentes estauan ya á punto, á las quales mandó salir de sus ciudades acompañados de sus capitanes y señores, haciéndoles sauer cómo él en persona queria ir á aquella guerra, y que todos fuesen encaminados á Cuauhchinanco, y que allí queria hacer reseña y alarde de su gente para sauer la gente que tenia y que allí le esperasen todos. Sauido en México cómo todos los soldados y gente de guerra auia salido, así de Tezcuco como de Tepanecapan y Xuchimilco y Chalco y de todas las prouincias, el rey mandó salir la gente que en México se auia hecho, y él con todos los demas principales señores salió de la ciudad para Cuauhchinanco, y llegado que fué, salieron el señor de Cuauhchinanco con todos los principales á receuir al rey *Auitzotl*, con grandes presentes y mucho regocijo, y metiólos en su ciudad y aposentólo á él y á todos los demas principales y señores muy honradamente, dándoles todo lo necesario. Despues de auer comido y bebido muy á contento, mandó llamar al Señor de Cuauhchinanco que se decia *Xochitltecutli*, el qual venido ante él, le dixo que le diese alguna gente de aquella prouincia para su ayuda y defensa. El Señor de Cuauhchinanco le dixo le placia de le ir á seruir en aquella guerra él en persona y la parte de sus gentes que quixesen ir, y así mandó luego aperceuir sus gentes y que á su costa se hiciese toda la prouision que fuese necesaria para la gente que de su tierra y prouincia saliese, los quales aperceuidos dió auiso al rey de su aperceuimiento. El rey le dió las gracias y le mandó dar unas armas suyas y una rodela y espada para que con ellas se honrase en la guerra y las tuviese por perpetua deuisa. El Señor de Cuauhchinanco le besó las manos por ello y por la honra que le hacia.

Partieron de Cuauhchinanco toda la gente muy en orden: llegaron á los términos de los guastecos donde asentaron su real, y muy en orden cada nacion y prouincia aparte, acompañados con sus reyes y señores, donde luego mandó el rey que fuesen sus exploradores y corredores de la tierra para que la considerasen y vie-

sen los reparos<sup>1</sup> que los guastecos tenian y por donde les podian entrar, para lo qual envió doscientos soldados viejos de la nacion mexicana y docientos de la tezcucana y docientos de la tepaneca y ciento de la chalca y ciento de la xuchimilca y ciento de las quatro cauceras y señoríos de Ixtlapalapan y de Mexicatzinco, Culhuacan y Vitzilopochco, á los quales mandó corriesen la tierra y la considerasen y mirasen todas las sendas por donde los guastecos pudiesen ser ofendidos. Los exploradores salieron todos juntos en quadrillas, sin apartarse mucho los unos de los otros para que con facilidad pudiesen ser los unos auisados de los otros, y así escondiéndose lo mas que podian, llegaron á puesta del sol á vista de la ciudad, y sintiendo ruydo de gente, todos hicieron alto, poniéndose en celadas, y despues de anochecido salieron de las celadas, y muy sobre auiso entraron los mas animosos en la ciudad, huyendo de las lumbres y candeladas que las centinelas de la ciudad tenian en muchos lugares: anduvieron toda la ciudad mirando y considerando los lugares mas guardados y mas aperceuidos de guardas y albarradas, por donde los guastecos temian ser entrados, y dándose auiso los unos á los otros, viendo á los guardas con algun descuido, dieron por todas las partes sobre ellos, y sin podérseles escapar ninguna guarda, las prendieron á todas, sin auer hombre que diese voz ni grito, ni hiciese el menor ruido del mundo, y lleuando á los guardas así maniatadas, pasaron por los arruales de la ciudad, y á todos los que entraban en sus labranças y granjas y huertas descuidados, los lleuaron presos sin dexar muger ni hombre ni niño ni niña; todo sin hacer ningun ruido, sin dar voz ni sonido, por temor que los de la ciudad no saliesen, y así fueron á amanecer á su Real con la presa de gente que lleuauan, y presentándolos al rey les dió las gracias de lo bien que lo auian hecho. Ellos le dixeron convenia que luego mouiese el ejército, porque ya sabian todas las sendas por donde muy fácilmente ganarian la ciudad, y así luego mandó tocar al arma y en un momento acudió muy en orden al combate.

Los guastecos, viéndose salteados y robados todos los arruales, cobraron gran temor y luego se pusieron al arma para esperar el suceso. *Auitzotl* envió á los reyes y señores á decir, que pues eran

<sup>1</sup> Fortificaciones ó obras de defensas.



venidos á tierras estrañas, que cada uno hiciese lo que estava obligado, porque se ternia CUENTA con los que floxamente peleasen, y que serian priuados de sus oficios por algun tiempo; que no se ternia cuenta con rey ni con grande, porque para todos corria la ley. Los reyes le enviaron á decir que harian todo su poder para salir con su intincion y que le besaban las manos. Juntamente mandó que cada nacion siguiese su camino y senda y que no fuesen todos apenuscados. El rey escogió docientos hombres y enviólos delante para que trauasen escaramuça con los guastecos, los quales llegados, empearon á trauar escaramuça. Los guastecos fueron echando y cebando gente á los que escaramuçauan, de suerte que traian á mal traer á los mexicanos. El rey que estava atento, como vido la mucha gente que en la escaramuça se acrecentaua de los guastecos, empegó á inuiar gente, de suerte que á poco rato se auian juntado á la una parte y de la otra gran número de gente; tanta, que ya casi andaua la mas della, así de la una parte como de la otra, en la batalla. *Auitzotl* mandó á los que quedauan, que se pusiesen en celada y así lo hicieron, que escondiéndose entre las matas y arboledas muchos soldados, mandó *Auitzotl* que hiciesen que se retirauan, y haciéndolo así, los guastecos empearon á seguillos con grandes gritos y siluos y otros aullidos roncicos, aquellos usan, y viniendo con mucho contento en el alcance llegaron á donde les tenian puesta la celada, y saliendo los mexicanos, unos por el lado, otros por las espaldas, y revolviendo los que huian sobre ellos, diéronles tal priesa, que no sabiendo á qué parte acudir, fueron muertos y presos gran número de gente y tomada la ciudad y quemado el templo y robados y saqueados, sin quedar cosa; lo qual visto por los guastecos, vinieron á pedir misericordia, obligándose á los tributos y á todos los demas seruiçios personales que les quisiesen emponer, y vista por el rey su umildad mandó cesasen de los matar y rouar.

Luego que cesaron, lleuaron al rey á las casas principales del pueblo y á todos los señores y allí les presentaron gran cantidad de ropa, así de hombres, como mugeriles y cacao, plumas, papagayos, guacamayas, chile, pepitas, y juntamente sus hijas para que se siruiesen dellas. El rey lo reuió y les dió las gracias y repartió á sus principales: diéronles comidas y bebidas muy bastantes y

presentes de rosas y humaços con gran abundancia. Recreados y aposentados los mexicanos determinaron de luego volver á México y primero inuiaron sus mensajeros á *Tlaxacael* para que la ciudad reuiuese la alegría que en semejantes vitorias solian receuir, y partieron los mensajeros y luego tras ellos partió el ejército y la gente del, muy ufanos y contentos, lleuando todos los presos y cativos por delante, á los quales metieron unos cordeles por unos agujeros que estos guastecos tienen en las narices, y así iban en ylera ensartados por las narices en muchos y largos cordeles, por ser mucha la gente que auian captiuado, y presos, iban cantando á grandes voces y llorando su desventura en aquel canto ó aullidos lastimosos que iban haciendo. A las moças, hijas de los guastecos, que les fueron presentadas y los niños y moços que no tenían las orejas ni las narices horadadas, les echaron colleras de palo á las gargantas, de las quales venian asidos todos. Los mensajeros llegaron á México y dieron la nueva de la vitoria, con la qual se regocijó la ciudad por todo estremo, haciendo grandes alegrías y regocijos, como ordinariamente emos contado en los capítulos pasados se hacian, de atambores y bocinas en los templos, y lumbradas y candeladas en las cumbres de los templos, lo qual turó y siempre turaba hasta que los soldados y gente de guerra y los presos y el rey llegaba á la ciudad; los quales<sup>1</sup> llegados y haciéndoles el receuimiento que solia toda la ciudad, así eclesiásticos como seculares, hechas las cerimonias ordinarias de comer tierra ante la presencia del ydolo y rodear las piedras y lugares consagrados, llegauan á las casas reales, y de allí, repartidos los presos por los barrios, todos se iban y despedian para sus tierras y casas.

<sup>1</sup> Los prisioneros.